

Política y subjetividad: asambleas barriales y fábricas recuperadas¹

*Gabriel Araujo Paullada**

La lectura del libro que escribe Ana María Fernández en colaboración con Sandra Borakievich, Laura Rivera, Candela Cabrera, Mercedes López, Xabier Imaz y Cecilia Calloway, me ha permitido pensar tanto las circunstancias políticas por las que atraviesa el México de fines del 2006, como el quehacer universitario en la formación de psicólogos sociales. Posibilidades como éstas, antes que otra cosa, se agradecen. Como podemos advertir, si bien estamos ante lo que pudiera considerarse una investigación política de coyuntura, el libro es esto mismo y otra cosa. Se trata del reconocimiento de un espacio social que interpele el quehacer de la universidad pública particularmente en la preparación de profesionales, cuya principal tarea consiste en la intervención psicosocial desde una perspectiva crítica.

La experiencia de lectura que deja el texto es la de un diálogo. Así podemos apreciarlo a partir de lo que se presenta como su prólogo, en el cual dialogan el llamado “Colectivo Situaciones” y el equipo de investigación, en torno a las vicisitudes de la escritura. La pregunta con la que inicia el colectivo, de lleno nos introduce en aquello que destacamos como el sentido de una investigación de esta naturaleza. “¿Qué llevó a un equipo de una cátedra universitaria a investigar asambleas y fábricas recuperadas?” La respuesta en un principio alude al agotamiento que, para el equipo de investigación, contienen las explicaciones e interpretaciones vigentes, con la consecuente necesidad de indagar de

¹ Ana María Fernández *et al.*, *Política y subjetividad. Asambleas barriales y fábricas recuperadas*, Ediciones Tinta Limón, Buenos Aires, 2006, 267 pp.

* Profesor-investigador en el Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

forma directa para con ello “tratar de elucidar la especificidad de esa singularidad política que se produjo a partir del 19 y 20 de diciembre del 2001”. Esta respuesta que no termina ahí, se sigue construyendo a lo largo de todo el libro.

Autoras y autores escriben sobre su posicionamiento tanto en el campo de lo político como en el terreno de sus saberes. En el primer caso dan cuenta de éste a través de los referentes utilizados y de las preguntas formuladas, en el segundo se expresan de manera explícita, señalando los límites de sus conocimientos y los efectos despóticos que se producen cuando éstos no son reconocidos e interrogados.

La pregunta sobre la radicalidad política que, como afirman, recorre todo el texto, aparece una vez más en el último apartado como una interrogante sobre el futuro, aludiendo, en consecuencia, la responsabilidad que contraemos frente a éste. De este modo, podemos aventurar que la mirada de quienes escriben transita por los ejes de la producción de subjetividad a la que entienden como proceso y la radicalidad política que hace posible la creación de autonomía.

Interrogar las formas instituidas tanto del quehacer político como del quehacer investigativo nos fuerza a compartir con el equipo de investigación la impostergable revisión de nuestras prácticas. Al respecto, cuando el “Colectivo Situación” pregunta:

¿Siguen sintiendo que las herramientas iniciales con las que se acercan son las mismas o han sentido más bien que a partir de esta de experiencia ya son otras? ¿Cómo afecta esta situación de conexión con la inteligencia colectiva su propia trayectoria como investigadores? ¿En qué punto los deja esta investigación?

Los integrantes del equipo de investigación responden y algunas de sus respuestas fortalecen la obligación que todos tenemos de reflexionar. Así, Ana María Fernández nos dice:

Pensándonos como equipo que realiza intervenciones institucionales, una primera cuestión que pudiera plantearse es que cae la función de especialista. Cuando concurrimos a una institución que requiere nuestro saber-hacer de especialistas, somos nosotros los que aporta-

mos los dispositivos que diseñamos para tal efecto y nuestra capacidad de lectura de lo que acontezca ahí con el dispositivo en acción. Nada de eso ocurrió en esta investigación, ya que ellos mismos inventaban sus propios dispositivos. Por lo tanto, en ningún momento hemos operado como “especialistas en grupos e instituciones”; ni ellos lo pidieron, ni a nosotros se nos ocurrió. Les decimos que estamos a disposición, acompañamos el devenir de ellos y en ese devenir también se transforma el nuestro.

De este párrafo es posible analizar el sentido mismo del acto de intervenir. Intervenir ¿para qué? ¿cómo? ¿con qué? Preguntarnos por la voluntad de saber y por la voluntad de poder de quienes intervienen así como de las (im)posibilidades de elucidación de éstas. Reconocer los vínculos que se crean entre quien interviene y quien es intervenido. Afirmar que el posicionamiento político no expresado a través de opiniones puede situarse mediante las interrogantes formuladas y los referentes teórico-metodológicos que le sirven de fundamento no exime a la intervención, en tanto práctica, de la violencia que le es consustancial y, consecuentemente, la coloca en el terreno de la ética.

En cuanto al quehacer universitario, la alusión que hace Ana María Fernández no puede evadirse. La universidad pública, dice, “debe producir pensamiento sobre lo público”. Lo que obliga de entrada a pensar de otro modo lo que habremos de entender hoy en día por lo público en estas universidades nuestras, que ignorándolo, se asemejan cada vez más a una repetición desgastada de su propia imagen montada sobre una estructura burocrática cerrada en sí misma y autocomplaciente. Lo público como acontecimiento que es posible por la acción del colectivo. Lo público que nos conmueve y nos saca de la comodidad de un burocratismo conservador y jerarquizante.

En el libro que nos ocupa, el campo de lo público, en el que Ana María Fernández y colaboradores intervienen, es el de las llamadas “asambleas barriales” y el de las “fábricas recuperadas” que son “formas colectivas de accionar que se inventan y/o potencian a partir de la revuelta del 19 y 20 de diciembre de 2001”. La polémica sobre su papel en las transformaciones sociales constituye uno de los resortes que les lleva a intervenir desde perspectivas diferentes a las que tradicional-

mente derivan de la mirada sociopolítica. El deseo de saber sobre el sentido de la radicalidad mueve a construir con el otro (lo público) un diálogo. Llamamos su atención los dispositivos autogestivos que dejan de lado las formas consagradas del actuar político. La horizontalidad desplazando la jerarquización y el liderazgo estereotipado y la democracia directa que se tensa con las formas de representación política tan caras a nuestras democracias.

Asambleas y fábricas como dispositivos de acción política, radical en tanto que actúan en los bordes y ponen en duda la fijeza de los límites. Formas que como estrategias de resistencia van más allá en su capacidad de invención.

“Si asambleas y fábricas actuaron en el límite de lo establecido, abrir pensamiento sobre sus producciones implica pensar en el límite de lo que se sabe [...] pensar de otro modo algunas cuestiones en el campo de problemas donde se cruzan una y otra vez subjetividades y política”.

Para pensar de otro modo, las herramientas conceptuales (filosóficas, teóricas y metodológicas) que utilizan apuntan a la comprensión de la forma en que operan las lógicas colectivas de la multiplicidad que recuperan la idea de lo diverso sin que esto signifique el negativo de lo idéntico. Lo diverso como la diferencia de la diferencia, no como la diferencia de lo mismo. Diversidad como multiplicidad.

Con esta noción de multiplicidad (inspirada en Deleuze) tratan

de pensar algunas dimensiones desde donde operan los colectivos sociales [...] Multiplicar potencia y no acumular poder, democracia directa y no representación política, horizontalidad y no jerarquía, éstos serán tal vez los rasgos más importantes de la invención barrial. Quizá éstas hayan sido también algunas de las condiciones de la producción de lo efímero del accionar asambleísta y de las dificultades y límites que enfrenta la autogestión de las fábricas recuperadas.

Otras formas de hacer política, de recrear los vínculos y en consecuencia de producir subjetividades. “Hacer de las penurias personales espacios colectivos de acción directa es hacer política”.

En cuanto a la forma en que Ana María Fernández y su equipo organizan el libro en una unidad coherente, éste se divide en tres partes y 11 capítulos. Los primeros siete (antecedidos del prólogo y la introducción), que van de febrero del 2002 a octubre del 2005, están referidos a las asambleas barriales. Entre ellos hay uno escrito por Fernández que vale la pena subrayar por la forma en que la autora encara la práctica profesional del psicólogo frente a los acontecimientos políticos que lo desbordan. El capítulo se titula “Situaciones que interpelan saberes”, y en él propone interrogar dos fuertes naturalizaciones de nuestros campos profesionales: “la cultura psi y los procesos de dogmatización de las teorías y de ritualización de prácticas”.

Para Fernández, interrogar la dogmatización es desarmarla, es recuperar por la vía genealógica las condiciones que fueron permitiendo la emergencia de un saber y al tiempo que se desacraliza se puede recuperar su potencia creadora. “Desarmar la dogmatización es recuperar lo no pensado de un campo del saber”.

Leer estas reflexiones trabajadas por Ana María Fernández en varios de sus libros anteriores, en este nuevo contexto, lleva al lector a pensar en la dimensión política del trabajo de los académicos que de una u otra forma se afilian al vasto y complejo campo de las ciencias sociales y humanidades. Intervenir en cualquiera de sus modalidades sobre el devenir sociopolítico tiene consecuencias sociopolíticas y estar colocado en el lugar del saber exige reflexionar sobre él mismo reconociendo su condición de inacabado temporal y abierto. De lo contrario, la voluntad de verdad, de saber y de poder obturan la mirada y contribuyen al simulacro.

En lo que hace a la segunda parte, los tres capítulos se refieren a las experiencias que viven varios trabajadores a raíz de la acción de recuperación de fábricas que fueron cerradas (o abandonadas) por los patrones y ocupadas posteriormente por los trabajadores creando condiciones de vida y de producción muy diferentes a las vividas anteriormente. El material da cuenta de casos y circunstancias muy distintas así como de desenlaces no siempre muy afortunados. El recorrido por esta parte del libro nos llena de preguntas. La articulación entre los planos afectivos, económicos y políticos nos lleva a pensar en la vigencia de algunas

opciones marxistas clásicas que apuntaban a la relación entre las relaciones sociales de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas, las cuales, aunque estaban planteadas a nivel macro, no dejaban, en su momento, de apuntar a la relación entre la producción material y la (re)producción simbólica.

La tercera parte cierra con un capítulo publicado en su anterior versión en esta misma revista. Este artículo, aun cuando puede ser leído por separado, en el contexto del libro explicita los referentes conceptuales de los autores, ampliamente expresados por quien ha coordinado esta experiencia de investigación y escritura.

Para terminar esta breve reseña, quisiera comentar algunas de mis reflexiones en torno a las circunstancias políticas por las que México atraviesa cuando a más de dos meses de las elecciones para presidente de la República se ha declarado legalmente ganador al candidato de la derecha en un clima de crispación y de conflicto. La legitimidad del ganador está en duda en el 40% de la población y un buen número de integrantes de los sectores más radicales y/o más combativos apoyan al candidato de la izquierda, quien habiendo perdido por medio punto porcentual, insiste en un fraude electoral contra la izquierda orquestado (término usado con frecuencia en el argot de los políticos) por la derecha y el gran capital. La figura carismática de este candidato (Andrés Manuel López Obrador, o AMLO) junto con las estructuras de los partidos de la izquierda ha convocado a millones de seguidores en diferentes momentos de su vida política, uno de ellos fue cuando a través de una maniobra “legaloide” se le intentó excluir del proceso institucional para acceder al poder presidencial. La capacidad de convocar masivamente lo ha transformado hoy en día en el líder de un movimiento de resistencia que está plantado (ubicado físicamente en campamentos) desde hace más de 30 días en una de las más importantes vías de comunicación de la ciudad, y ha convocado para continuar el movimiento de resistencia en movimiento social pacífico (a decir de él) a lo que se ha llamado “La Convención Nacional Democrática”.

Más allá de que cuando se publique este material, probablemente tengamos otro panorama del cual debo decir no podemos anticipar nada con certeza, a raíz de la lectura del texto que reseño, mi mirada ha

sido afectada en varios planos de los cuales por lo pronto destaco dos. Uno se refiere al significado atribuible a las movilizaciones multitudinarias (me resisto a nombrarlas masivas) y la relación que éstas tienen con el líder AMLO, y el otro al sentido del ejercicio constante de la acción política y su relación con la producción de subjetividad.

Brevemente quisiera abundar en el primero destacando lo que en mi opinión es un parteaguas, me refiero al día en que AMLO, con una retórica tradicional, inventa, en un ejercicio de imaginación, una asamblea resolutive (hasta antes se nombraban informativas) y decide quedarse en plantón. Sobra decir que siendo más de un millón los asistentes, el juego que se ha inventado incluye una suerte de voto como fuente de legitimidad de la decisión previamente tomada. Digo que es un parteaguas porque esto cambia las –hasta el momento– formas instituidas de expresión de apoyo multitudinario al líder. De las marchas acotadas a las acciones impredecibles. De los efectos mínimos en terceras personas al conflicto entre derechos ciudadanos. De los daños materiales casi inexistentes a los daños cuantiosos en varios sectores que componen la ciudad.

Un movimiento de resistencia civil que se autoproclama pacífico y que ha sido blanco (sobre todo al principio) de una violencia reactiva de quien dice sentirse realmente afectado y que sin embargo incluye a millones de personas que construyen su identidad en oposición al otro excluido y amenazante. Cabe aclarar que a la fecha no se ha producido una respuesta policial o militar por darse esta acción en la ciudad en la que gobierna la izquierda (AMLO mismo fue el jefe de gobierno anterior).

La mayoría de los intentos de análisis de esta situación están atravesados por lo afectivo, que se combina fallidamente con referentes semi-armados y caducos. Pensar se vuelve en un pseudo pensar que busca controlar lo que no se puede entender tratando de definirlo y si es posible predecirlo. Se dicen cosas como que AMLO es un autoritario que habla de democracia ejerciendo despótica y arrogantemente un poder autocrático, o que AMLO sí sabe lo que el pueblo quiere y que es necesario su liderazgo en estos momentos. Las comparaciones con líderes populistas latinoamericanos son frecuentes al tiempo que hay

quienes dicen que está rebasado por la masa y que es lo que coyunturalmente un movimiento como éste construye como líder.

Ni qué decir de las posturas no analíticas tanto de sus opositores directos como de la mayoría de los medios de comunicación que explotan la situación para ratificar sus razones de no haberlo votado. Su condición de líder parece que hasta hoy no es fácilmente analizable aunque no faltan los que con pseudo-argumentos lo ubican fijamente en el lugar del caudillo, del mesías o del cacique (Roger Bartra y Enrique Krauze, entre ellos). Sin embargo, no está de más preguntar con Freud por la ilusión y las identificaciones ya que lo efectivo del apego o desapego, más allá de leerse desde la mirada de la historia, de la sociopolítica y de la antropología, alude a la circulación e intensidad afectiva que ha llevado a millones de mexicanos a mitificarlo, hacer uno con él y con otros que están en la misma condición que hace un nosotros. Tampoco estaría de más releer a Etienne de La Boite en su célebre *Servidumbre voluntaria*.

El libro de Fernández y coautores también puede contribuir al análisis de la producción subjetiva cuando en los dispositivos ensamblarios de los que se habla, se recupera la tensión entre las formas alienadas del ser y quehacer políticos y la creación de horizontalidad y autonomía que nada tienen que ver con el vasallaje.

Termino con otro punto desde luego ligado al anterior, me refiero a lo que he llamado el ejercicio constante de la acción política y su relación con la subjetividad. Los campamentos pueden ser, como diría Kurt Lewin y otros connotados psicólogos, un laboratorio social, yo añadiría, y psicopolítico, aunque éstos no son los únicos lugares que han emergido en estos tiempos tan condensados de la política mexicana. Los medios de comunicación y las instituciones y sus vaciamientos son territorios privilegiados.

Frente a esto que hacemos los formadores de psicólogos sociales, quienes además no debemos renunciar a nuestra condición política (naturaleza, como diría la afortunada metáfora enunciada en su tiempo por Aristóteles).

¿Dejamos al margen de los procesos de producción de subjetividades a nuestros alumnos, o los incorporamos? ¿Nos aproximamos con

nuestros referentes conocidos e intervenimos desde nuestras prácticas ritualizadas? ¿No vemos? ¿Vemos lo que queremos ver? o ¿reconocemos al otro a través de la intervención como diferente pero no opuesto? ¿Trabajamos para reforzar identidades cerradas y nutrir a la violencia o nos reconocemos en la violencia de nuestra inmovilidad? Estas y otras han sido mis interrogantes. Por haberlas provocado, de nuevo gracias.